

No es una lira la que Facio suena para dar idea del arte helénico: es una mala guitarra de campesino indio, entonando ruidos á los dioses del Olimpo.

»Habla también de su dolor, y sueña, en «*demanda de su existencia*», con ángeles y querubines y cosas miríficas, con *astros de luz taciturna*, y se revela con un sufrimiento estudiado de histerismo místico, que ni protesta desesperado, ni se conforma creyente. Es un espiritualista neutro, en esta sección de su libro, que, en *la selva de su pecado*, tan pronto *rejuvenece* como se vuelve *réprobo triste que lleva en la mente fulgor de cielo*. Toda teoría religiosa presenta á los réprobos de modo contrario, llevando sobre la frente oscuridades de noche.»

Todo esto y mucho más dice con muy buen juicio el escritor citado á propósito del libro *Mis versos*; y entrando luego en detalles, descubre cosas peregrinas.

Le hace mucha gracia á este escritor lo que Facio dice en el primer soneto de su libro:

«Es el eco medroso de mi paso
Al vibrar por las bóvedas escuetas.»

Y efectivamente la tiene.

Como la tiene también aquello otro de

«El canto sin rumor de la plegaria.»

Pero hay otras muchas cosas que tienen gracia en el libro de Facio; vamos, que tienen esa gracia triste de no tener gracia ninguna.

La introducción empieza así:

«Este libro trivial...»

Esto no es poesía, pero verdad sí es. El libro es trivial desde el principio hasta el remate.

«Este libro trivial es una historia
Ingenua, sin ambages, en pequeño...»

¡Vamos! ¿Les parece á ustedes que esto es poesía?

El segundo *crespón*, titulado *Ella*, empieza de este modo:

«El mundo de tristezas en donde habito
Yo recorro con ansias de vagabundo...»

Es claro: *yo*, porque hacía falta para llenar el verso. Mas para el sentido no hacía el *yo* maldita la falta, después de haber di-

cho *habito*, y habiendo de decir en seguida *recorro*.

Y por otra parte, las tales *ansias de vagabundo* no sé cómo serán; pero es sabido que los vagabundos son de todos los mortales los que tienen menos ansias.

Y si no, venga por acá el Sr. Facio, y pregunte á cualquiera de los que han pasado la vida política vagando de un partido á otro, y se enterará de cuán pocas ansias tienen.

Verán ustedes ahora á qué llama un *bronce* el buen Facio:

«Es audaz, es valiente, y su cabeza
Cual su nidada el águila en la cima,
Para vuelos *intrépidos* sublima
Osados pensamientos de grandeza...»

El que no necesite leerlo más que cinco veces para entenderlo, que haga el favor de avisarme á fin de proponerle para el primer premio que se conceda por descifrar logogrifos.

Otro *bronce*:

«COLÓN

Interroga al misterio *con audacia*;
Dijérase un demente, un temerario...»

¿El mismo se había de decir esas cosas?...

«Le moteja el error de contumacia...
(*Tampoco esto se entiende, por desgracia*).
El desdeña el empeño legendario
(*O desdeña rezar por el breviario,*
El ripio no era más extraordinario)
Y su *grave* mirar de visionario
En la *serena* inmensidad espacia.»

Y siguen los tercetos:

«Habla de un mundo, solicita, increpa:
Quiere *en endeble* y *fementida* nave
(*¿Fementida? ¿Por qué?... Nadie lo sabe.*
¿En endeble?... En.. en.. diablo que le quepa)
Del mar sin playas recorrer la *estepa*.
En medio de la mofa...»

¡Naturalmente! ¿Quién no se ha de mojar de eso de llamar *estepa* al mar, sin playas ó con ellas?

Pero, hombre, si la *estepa* es un arbusto, y sólo por figura retórica, tomando el continente por el contenido, se llama *estepa* al terreno en que ese arbusto se cría.

¡Pero al mar!

«En medio de la mofa y del *amago*.»

¿Del *amago*?... ¿*Amago* de qué?... ¿Usted

cree que el amago es una cosa así como la mofa?

«En medio de la mofa y del *amago*,
Por su fe en el rogar, por lo que sabe,
Es un mendigo *que parece un mago.*»

¡Para esto era el *amago*!
Esto que sigue diz que es una *adelfa*:

«En *dulce* perspectiva, *que me place.*»

Pues claro, hombre. A nadie le amarga un dulce, dice el refrán. De modo que siendo *dulce* la perspectiva, es natural que le plazca á usted... y al consonante, que es á quien principalmente place ese *que me place*.

«En *dulce* perspectiva, *que me place*,
Tiende á mis ojos el pasado un velo,
Cual luz crepuscular que se deshace
Sobre un pedazo del azul del cielo...»

Vaya: ¿ven ustedes lo que es una *adelfa*?... ¿Que es lo mismo que un bronce, dicen ustedes?... Eso sí; y lo mismo que un medallón. Aquí todo es lo mismo.

Pero ahí va otro poco de *adelfa*:

«¡Cuántas pobres imágenes *sin brillo*,
Más ornadas de *rosas sin espina*...»

Sin espinas, querrá usted decir, porque una sola rosa tiene muchas; con que siendo muchas las rosas, ¿cómo han de tener una sola espina?

Efectivamente: sin espinas quería decir el vate, pero no pudo, porque tenía que concertar con *adivina*, como verán ustedes:

«Con ansiedad de soñador *sencillo*
Nuestra mente allá lejos *adivina.*»

¿Quieren ustedes ahora saber lo que es un *medallón*?...

Pues un medallón suele ser á veces un disparate; otras veces una porción de ellos: *Verbigracia*:

«En tu boca *gentil*, botón de *grana*...»

¿Y cómo son las bocas *gentiles*?... ¿Y los botones de *grana*?... Porque botones de rosa se ven, pero de *grana*...

«En tu boca *gentil*, botón de *grana*,
De besos tibios el aroma queda,
Y como *sierpes* tu *cabello* enreda
Sus negros bucles en tu sien *ufana.*»

¡Pues vaya un elogio! ¡Decirla á una mujer que tiene serpientes en la cabeza en lugar de cabellos!...

Y cuenta que está *Facio* tan encariñado

con esta imagen estrambótica y fea y desagradable, que la repite varias veces en el libro.

Porque de la barba de Moisés también ha dicho que era

«De perezosas sierpes negra trama.»

Añadiendo al disparate estético de la imagen el disparate zoológico de llamar á las sierpes perezosas.

Y además, en uno de los *torsos*, vuelve á decir:

«En relucientes ondas el cabello
Con oscuros anillos aprisiona
Como serpientes de ébano su cuello...»

Se conoce que Facio lo aprendió en viernes.

Ejemplo de otro final de medallón:

«En tanto que por *ella* fecundada...»

No me pregunten ustedes *quién es ella*, porque no se lo puedo decir. No se ha sabido si es una *fuerza*, ó una *sabia*, ó una *sangre*, pues todas tres cosas quedan atrás.

«En tanto que por ella fecundada
Tu alma de virgen á *la par* florece,
Como botón de pétalos *la aurora*.»

Florece á la par... como botón... de pétalos... de aurora...

¡Cualquiera lo entienda!
Otro medalloncito:

«Para ser vencedora en la partida,
Ante la muchedumbre *lisonjera*
Luce—manto imperial—tu cabellera,
Sobre la espalda mórbida tendida.»

Aquí parece como si la niña *medalloneada* se llamara *manto imperial*. Pero no es eso. *Manto imperial* no es el nombre de la dedicataria, sino un falso testimonio entremetido que el vate levanta á la cabellera.

Y sigue:

«Es tu boca *libélula encendida*,
Entre lozanas rosas prisionera...»

Vámonos, vámonos.

¡Miren ustedes que una boca ser una libélula... y encendida... y además prisionera entre rosas... lozanas...

Tapicería.

Verán ustedes un tapiz para muestra:

«Como *daga* que fuera de *torva nieve*,
El hombre tu mirada *siente* y *divisa*,
Y llevas en tus labios, *marchita* y *leve*,
La *adelfa venenosa* de tu sonrisa...»

Malo y disparatado es llamar á una sonrisa adelfa, y adelfa que, además de estar marchita, es *leve* por la necesidad del consonante.

Pero aquello otro de la *daga de torva nieve...* declaro que es la imagen más estrambótica que he leído en mi vida...

¡Vamos, que una espada de nieve... torval...

Y á esto le llama Facio un *tapiz*...

¿Creerá que tapiz es sinónimo de disparate?...

Allá va otro tapiz de Facio.

Es un deshilvanado romance octosílabo, al que el vate ha llamado primero *tapiz*, y después, entre paréntesis, *anacreóntica*.

¡Ah! Y además el romance se titula *El ajenjo*...

¡El ajenjo, el licor de ajenjo un *tapiz*!
Y dice Facio:

«Mirad sus verdosas ondas:
En sus húmedos reflejos
Brilla la inmóvil pupila
De un gato, que soñoliento
Como una esfinge, despide
El encanto del misterio...»

!!!.....!!!
Dicen que dice *Fray Candil* que en mis libros de RIPIOS hay muchos signos orto-

gráficos. Pero en ocasiones como ésta, ¿qué remedio hay más que ponerlos?

Cuando se encuentra uno con una yegua que rumia, me parece que ha de admirarse un poco. Pero cuando se encuentra con un gato que, soñoliento como una esfinge, despide su pupila inmóvil el encanto del misterio, ¿qué va á hacer uno más que admirarse, asustarse, espantarse y no volver de su *apoteosis*?...

Bueno; pues lean ustedes esto que sigue, y á ver qué dicen ustedes luego, ó qué ponen ustedes debajo.

Se habla, como antes, del ajenjo:

«A su vibrante reclamo,
Como conjuro de genios,
En plena lumbre revuela
El ave gentil del verbo,
Cuyas alas me parecen,
A los transportes del vuelo,
Dos auroras engarzadas
En el dorso de un ensueño...»

—¿.....?

—No; no está en un manicomio. Anda por el mundo.